



El fútbol, espejo de Francia

Football, a mirror of France

■ Adrián Ruiz Mediavilla*

Bailar al son de los *rosbif*

Que franceses e ingleses tienen una relación de amor-odio pintoresca es de dominio público. A lo largo de la historia, se han invadido, atacado, robado terrenos, recuperado los terrenos robados, luchado juntos, en paralelo y en tangente, han compartido sudor, lágrimas y, sobre todo, sangre.

Que el fútbol es un deporte inglés tampoco es nada nuevo. O quizá sí, porque cuando uno interroga a los franceses, sobre todo de París hacia arriba, le hablan de una cosa llamada *soule*, según ellos el predecesor directo del fútbol actual. La *soule* consiste en llevar un balón (léase vejiga de cerdo, o pelota de tela o madera) a un lugar determinado. Y como diría Maquiavelo, el fin justifica los medios. Quizá por eso cada “partida” acababa cuando uno de los dos equipos se quedaba sin jugadores en pie.

Muy popular en Picardía y Normandía, algunos historiadores franceses cuentan que la *soule* fue introducida en Inglaterra cuando Guillermo el Conquistador —cuya base de operaciones estaba en Caen— cruzó el Canal de la Mancha y le dio a los ingleses hasta en el cielo de la boca durante la batalla de Hastings.

Sea como fuere, el fútbol como hoy lo conocemos fue inventado por los ingleses en el siglo XIX. A la inversa de lo que sucedió con los normandos en 1066, el fútbol pasó de las islas británicas al continente europeo, y no tardó en hacerse popular en ciudades del norte de Francia como Caen, Lille o Le Havre, donde en 1872 se fundó el Havre Athletic Club, el cual se convertiría en el primer club francés en crear un equipo de fútbol —lleno de jugadores ingleses, *of course*—, en 1894.

Cuando uno le pregunta a un francés normal, escogido al azar, por sus vecinos de ultramar, lo más probable es que tuerza el gesto para hablar de los *rosbif*. Los ingleses son definidos por el pueblo francés por la carne que comen: vulgar, poco sofisticada y todavía menos innovadora. Claro que, cuando uno cruza el Canal de la Mancha, descubre el otro lado de la moneda: allí se refieren a los franceses como *frogs*, por su afición a las ancas de rana.

* El autor, periodista y publicista, vive y trabaja en París; es co-creador del sitio: www.futbolnoesfutbol.com.

Quizá por esta rivalidad histórica es por lo que la Union des Sociétés Françaises de Sports Athlétiques (USFSA), una especie de macrofederación deportiva de finales del siglo XIX, puso todas las trabas que pudo a la implantación del fútbol en Francia. Pocos años después, adivinando la oportunidad de negocio que se avecinaba, la USFSA dio un giro de 180 grados al organizar el primer campeonato de fútbol de Francia. Coincidiendo con el cambio de siglo, se disputaron los primeros partidos entre una selección de la federación inglesa y una de la USFSA. En los cuatro partidos que se jugaron entre 1900 y 1904, el balance fue escandalosamente favorable a los *rosbif*: 29 goles a favor y 5 en contra. Con razón no querían importar el fútbol en Francia.

El año 1905 fue clave en la historia contemporánea de Francia, puesto que en ese año se promulgó la Ley de separación entre la Iglesia y el Estado, con lo cual no sólo se autorizó la libertad de cultos, sino que se dio una bofetada al Vaticano y más específicamente a su recién llegado pontífice, Pío X. Pero la Iglesia Católica, que de adoctrinamiento de los fieles sabe un rato, decidió apoyar a la competencia directa de la USFSA, la Fédération de Gymnastique Sportive des Patronages de France (FGSPF), como medio para evangelizar a la juventud obrera que se volvía loca por el nuevo deporte. Mejor que corran detrás de un balón que detrás del clero, debieron decirse. En el momento en que la USFSA abandonó la FIFA —por una riña con los ingleses—, los obispos franceses pusieron el pie en la puerta y la FGSPF pasó a ser reconocida como la única federación de fútbol en Francia. Así que, *sensu stricto*, el fútbol francés pertenece moralmente al clero.

Francia, capital: Marsella

Al pasear por el Boulevard St. Germain parisino, una de las primeras cosas que saltan a la vista son las terrazas de los cafés: en lugar de tener las sillas enfrentadas para hablar, las tienen en paralelo, mirando al tendido. Como si de un jurado de Operación Triunfo se tratase, los franceses se sientan en líneas paralelas, más pendientes del paisaje que de la compañía. En Francia se cuida al milímetro lo que se enseña al exterior, pero todo parecido con la realidad es pura coincidencia.

Por eso es que, si bien los franceses ponen a caer de un burro a sus vecinos ingleses, esto es sólo un gesto de cara a la galería. El verdadero enemigo francés no está cruzando el Canal de la Mancha, sino al otro lado del Rhin. Dada la importancia estratégica que la *entente cordiale* entre franceses y alemanes tiene para el futuro de Europa, un francés sólo reconocerá esta animadversión después de varios vasos de *beaujolais* —esa variante francófona del castizo Valdepeñas— o, en su defecto, un par de copas de *cognac*. Y es que esas postales de Hitler con la torre Eiffel de fondo en una mañana de junio de 1940 todavía escuecen.

Cualquier paralelismo entre Francia y Alemania resulta sospechoso a bote pronto. Dos enemigos íntimos con tan pocas cosas en común como ellos, y sin embargo el fútbol les une en algo: son los únicos grandes países europeos cuya capital no cuenta con un equipo de fútbol *comme il faut*. Si en Alemania el

Hertha de Berlín languidece en la segunda división —todavía más triste fue el caso de la RFA, cuya capital, Bonn, jamás tuvo un equipo de fútbol de primera división—, París tiene un club sin gracia ni historia, que palidece frente a los equipos del sur del país.

Fundado en 1970, el París Saint Germain es el último de una larga lista de fracasados clubes parisinos. Uno de los primeros fue fundado por Jules Rimet, quien luego presidiría la FIFA y daría nombre al trofeo de campeón del mundo. El Red Star tomó su nombre de la célebre Red Star Line, competidora directa de la White Star Line que parió al Titanic. El Red Star, pese a lo que su nombre pueda sugerir, fue creado por miembros sillonistas¹ con el objetivo último de acercar a los jóvenes franceses al catolicismo. Todavía existente, el Red Star malvive en la tercera división francesa. Igual que la idea que intentaba promover.

Otro club parisino clásico es el Racing de París. A pesar de algunos éxitos tempranos antes de la Segunda Guerra Mundial, el club vivió su momento de gloria en los años ochenta, cuando el Jesús de Polanco francés, Jean-Luc Lagardère, invirtió millones que permitieron traer a París a estrellas como Enzo Francescoli, Luis Fernández o el alemán Pierre Littbarski. La *extravaganza* de Lagardère acabó como suelen acabar los experimentos en el fútbol: sin títulos y con el club al borde de la quiebra, actualmente exiliado a Colombes, en la *banlieu* parisina.

Vistos los antecedentes, podría considerarse un éxito que el París Saint Germain siga con vida. El PSG nace en 1970 de la fusión del Stade Saint Germain y el Paris FC, unión alentada desde la federación francesa por el interés evidente que supone el contar con un club de la capital en la primera división francesa. A lo largo de su corta historia, el club se ha visto beneficiado por inversores poderosos como el grupo Canal Plus. Sin embargo, el PSG es víctima del desinterés que el fútbol levanta en la capital francesa, más preocupada por la moda, el diseño y la política. Probablemente la manera más gráfica de explicar la apatía que rodea al club es que, después de 37 temporadas consecutivas en la máxima categoría, y con una respetable media de 40.000 aficionados en su estadio, el PSG sólo ha sido capaz de llevarse el campeonato francés en dos ocasiones. Lo cierto es que París palidece con su único equipo de fútbol en primera división, sobre todo cuando una ciudad del mismo calibre como Londres tiene cinco.

La capital del fútbol francés reside a poco más de tres horas en TGV dirección sur: en Marsella. La segunda ciudad de Francia cuenta con el Olympique, no sólo el club con más títulos del país galo —incluida la única Copa de Europa ganada por un club francés—, sino también el más popular. La base social del OM se vio multiplicada exponencialmente a partir de los años 50, con la llegada a la ciudad de miles de inmigrantes de las colonias francesas, entre ellos los *pieds noirs* argelinos. El equipo marsellés tiene tanto tirón que una reciente

¹ *N. de la R.*— Se llamaba sillonistas a los miembros del movimiento católico francés liderado por Marc Sangnier, que tenía como fin conseguir la reforma social a principios del siglo XX. Este movimiento ha experimentado cierto resurgimiento en la actualidad.

encuesta le sitúa por delante del PSG como equipo preferido de los residentes en Île de France, la región de París.

Parte del atractivo del Olympique de Marsella reside, como en el caso del FC Barcelona, en el antagonismo con la capital. Mientras que París es la ciudad estirada, gris y conservadora, Marsella presume de ser alegre, cálida y progre. Luego —una vez más, como en el caso de Barcelona— el último de los puntos queda en entredicho al ver lo que sus habitantes eligen en las urnas; basta ver la popularidad de la que goza el Front National de Jean-Marie Le Pen en la ciudad.

Otras ciudades del sur como Lyon y Burdeos albergan a los otros dos clubes más populares del país. El Olympique Lyonnais, pese a ser fundado en 1899, sólo se convirtió en un gran club a partir de la llegada de Jean-Michel Aulas, probablemente el directivo futbolístico más hábil de toda Europa. Aulas ha conseguido, además de lograr que el OL sea un club no deficitario, convertirlo en el mejor equipo francés del siglo XXI. Los *Girondins* —véase hasta qué punto el deporte francés es un asunto político— de Burdeos convirtieron en una potencia futbolística local a partir de los años ochenta. Allí fue, por ejemplo, donde se dio a conocer Zinedine Zidane. Los bordeleses son el paradigma de club francés de alta gama: van sobrados en el campeonato local, pero son incapaces de competir a nivel europeo.

Lo que en Francia no se reconoce oficialmente es que el deporte nacional no es el fútbol, sino otro de idéntica procedencia inglesa: el rugby. Mientras que el rugby ha atraído en la temporada 2009-2010 a un 11% más de público a los estadios, un 30% de los franceses declara no tener siquiera un equipo de fútbol preferido. Otro ejemplo: el estadio del Olympique de Marsella, el Velodrome, se ha llenado en más ocasiones para ver partidos con un balón ovalado. Esta tendencia se debe en parte al buen papel de la selección de rugby francesa, sobre todo durante la Copa del Mundo de Rugby celebrada en 2007 en suelo francés. Como recompensa a su buen hacer, el entrenador del equipo francés, Bernard Laporte, pasó a integrar el gobierno de François Fillon como Ministro de Salud, Juventud y Deportes. No es difícil imaginar la que se organizaría en España si Zapatero nombrase ministro a Del Bosque. En Francia, en cambio, esta simbiosis de deporte y política es algo natural.

En el otro lado de la moneda está la selección francesa de fútbol. *Les bleus* van de desastre en desastre desde que, en un lejano 12 de julio de 1998 —apenas dos días antes del 14 de julio, aniversario de la toma de la Bastilla y fiesta nacional francesa—, levantasen la Copa del Mundo.

La mentira tricolor

La bandera francesa, tres bandas verticales en azul, blanco y rojo, fue diseñada en pleno furor posrevolucionario por Jacques-Louis David, el mismo que luego retrataría a Marat muerto en su bañera, o a Napoleón cruzando los Alpes a caballo. Tres son también la *liberté, égalité, fraternité* que componen el lema de la Francia moderna. Este amor por las trinidades hizo que la selección francesa, que se proclamó campeona del mundo derrotando en la final del 98 a Brasil, fuese conocida como el equipo *Black, Blanc, Beur*. La triple B hace refe-

rencia a la convivencia de jugadores negros, blancos y de origen árabe en aquel equipo, símbolo de la multiculturalidad y el “buenrollismo” de la sociedad francesa. En aquel once que humilló a Brasil ante los ojos de medio mundo, había dos jugadores negros, uno de origen argelino, otro armenio y otro de Nueva Caledonia. Los otros seis, incluyendo el capitán, eran blancos. Todos fueron aclamados como héroes, nombrados Caballeros de la Legión de Honor por el mismísimo Chirac, y uno de ellos, Zinedine Zidane, es todavía hoy la personalidad preferida de los franceses.

El modelo francés se mostró ideal mientras las victorias duraron. Cuando cuatro años después de su histórico triunfo, Francia fue incapaz de ganar ni un solo partido en el Mundial de Corea y Japón, e incluso fue derrotada por su antigua colonia Senegal en su debut, las cosas empezaron a cambiar. Buena parte de la opinión pública francesa empezó a cuestionar que algunos jugadores no cantasen la Marsellesa antes de los partidos. Lo paradójico es que nadie pareció advertir que entre los jugadores que guardaban silencio había tanto negros (Vieira, Karembeu, jugador de origen canaco, cuyos abuelos y tíos fueron expuestos en París con motivo de la Exposición Colonial de 1931), como árabes (Zidane), o blancos (Barthez). Este tipo de gestos, unidos al bochornoso papel del equipo francés en 2002 y 2004 crearon las primeras grietas en esa imagen *convivial* de la que se vanagloriaban los medios franceses. No tardaron en caer las caretas de muchos políticos como el socialista Georges Frèche (“pronto el equipo de Francia serán once negros”), el ministro del Interior Brice Hortefeux (“cuando sólo hay un árabe no pasa nada, pero cuando hay muchos, ya empieza a ser un problema”) o, evidentemente, el líder del Front National Jean-Marie Le Pen (“algunos ni siquiera conocen la Marsellesa”).

El problema de fondo de la filosofía del *black-blanc-beur* lo resumió perfectamente Lilian Thuram —campeón del mundo con Francia en el 98 y originario de la colonia francesa de Guadalupe— cuando dijo que semejante eslogan dificulta la reflexión de fondo: un magrebí nunca podrá ser presidente de Francia.

La eterna nostalgia del 98

En España tuvimos la Generación del 98, ese grupo de escritores traumatizados con el ocaso de España tras la pérdida de Cuba y Filipinas en 1898. Pues bien, en Francia el equivalente es futbolístico. Existe en el país galo una sensación de nostalgia masiva e indisimulada de aquel verano de 1998, cuando todo el país se echó a la calle para celebrar aquella magnífica victoria en el Stade de France. Incluso el triunfo en la Eurocopa de Bélgica y Holanda, dos años más tarde, palideció al lado del éxtasis que se vivió durante aquellos días del 98. Francia 98 fue el punto álgido del fútbol galo, el paroxismo del ideal francés de segunda mitad del siglo XX. Y como tal lo recuerdan, cada día, 65 millones de franceses.

Los miembros de aquel equipo, así como su seleccionador Aimé Jacquet (que jamás volvió a entrenar a un equipo de fútbol), han formado con el tiempo una asociación sutilmente denominada “France 98”. A través de ella, los ex-jugadores se reúnen para jugar pachangas con fines benéficos. Así, por ejemplo, han

organizado partidos para recaudar fondos para las víctimas del terremoto de Argelia o para ayudar a reparar el daño causado por el *Prestige*. Este circo nostálgico alcanzó su cénit cuando en 2008 se organizó un partido por todo lo alto en el Stade de France para conmemorar el décimo aniversario de la victoria.

Además, los integrantes de aquel equipo legendario se han convertido en un activo lobby en Francia, no sólo a nivel futbolístico, donde influyen poderosamente en la Federación Francesa, sino también social. Uno de ellos, Laurent Blanc —apodado “Le Président”— es desde hace unos meses el nuevo seleccionador nacional. Su primera decisión, por cierto, ha sido imprimir una copia de la letra de La Marsellesa a cada jugador. Pobre del que no cante.

Todavía hoy, doce años más tarde, cada vez que se juega un partido importante de fútbol, participe un equipo patrio o no, los comentaristas franceses hacen sistemáticamente una alusión a alguna efeméride de aquella cosecha del 98.

Poco queda hoy de aquella Francia victoriosa. El equipo francés de hoy es tan *black-blanc-beur* como en el 98, pero a nadie parece importarle. Dirigidos por el único hombre sobre el que existe un juicio consensuado en toda la sociedad francesa, Raymond Domenech, el equipo francés tocó fondo durante el reciente Mundial de Sudáfrica. Entrenador mediocre a más no poder, a lo largo de seis años de mandato Domenech —hijo de inmigrantes españoles y declarado nacionalista catalán— ha tomado decisiones tan extravagantes como excluir a un jugador de las convocatorias en función de su signo zodiacal, o pedirle matrimonio a su novia, una conocida periodista, delante de las cámaras de televisión apenas unos minutos después de la bochornosa eliminación francesa en la Euro 2008. Así es como Domenech no sólo ha conseguido ganarse el desprecio de toda Francia, sino que ha convertido a los *bleus* en el *hazmerreír* del mundo.

Sin embargo, sería injusto culpar a Domenech de todos los males del equipo francés. El fracaso mundialista se empezó a gestar cuando Thierry Henry controló un balón con la mano para dar el pase que eliminaría a Irlanda y daría a Francia el billete para Sudáfrica. Al día siguiente, la opinión pública francesa —en un gesto que habla bien del sentido ético de los franceses— se rasgó las vestiduras al unísono, y muchas voces pidieron incluso la exclusión de su selección de la cita mundialista. Tras el Mundial, muchos más desearon que la FIFA les hubiera escuchado.

En tierras sudafricanas la coexistencia pacífica entre los *blacks*, los *blancs* y los *beurs* se deshizo como la línea Maginot en el verano de 1940. En un juego de intrigas más propio de novela de John Le Carré que de un vestuario de fútbol, el jugador más talentoso de los franceses, el blanco, guapo y (dentro de los parámetros de un futbolista) culto Gourcuff fue apartado a la cuneta por los capos del vestuario. Por resumir el *affaire*, al final los jugadores se amotinaron, el equipo perdió ante el anfitrión Sudáfrica, el capitán Henry acabó siendo llamado a capítulo por Sarkozy y el seleccionador Domenech tuvo que rendir cuentas ante la Asamblea Nacional.

Una metáfora de lo que es Francia, un lugar donde el fútbol sirve de reflejo a la Historia y la política. Una nación que apenas ha ganado batallas en el último siglo. Que vive de las glorias del pasado. Y probablemente también, el único país capaz de elevar una derrota futbolística hasta la condición de asunto de Estado.